COMEDIA FAMOSA.

EL MAS DICHOSO PRODIGIO.

DE UN INGENIO DE ESTA CORTE.

Hablan en ella las Personas siguientes.

Montigre.	*Caracol, Gracioso.*	*Flora, Criada.*
El Conde de Barcelona.	*Fabio, Criado.*	*Dos Vandoleros.*
Garcia Narro.	*La Condesa de Rosellon.*	*El Demonio.*
Don Juan.	*Aurora, hija de Garcia Narro.*	*Otro Criado segundo.*
Un Angel.		*Musicos.*

JORNADA PRIMERA.

Sale Montigre con espada desnuda, y Aurora queriendosela quitar.

Auror. Suelta, Montigre. *Mont.* Ay, Aurora!
no me pesa, vive el Cielo,
de mi agravio, mi recelo
siente mucho lo que ignora.
Dexa la espada, y advierte,
que todos estos Villanos
han de morir à mis manos,
ò yo me he de dàr la muerte.

Auror. Es posible, que prosigas
en tu enojo? Considera,
que si mi padre viniera:-

Montig. En vano mi ardor mitigas,
porque estòi tan obstinado
à impulsos de mi corage,
que hasta vengar este ultrage
no he de volver al arado.
Yo á tan baxa accion dispuesto?
Yo infame? Yo mal nacido?
Vive Dios, que no he podido:-

Apartanse, y sale Garcia Narro, padre de Aurora.

Garc. Montigre. *Montig.* Señor.

Garc. Què es esto?
vos con afecto liviano
jurando, quando ya es mengua?
Vos con la infamia en la lengua,
y con la espada en la mano?
vos desatento? Y tu, Aurora,
como con tu hermano estás
riñendo? Pero dirás:-

Montig. De mi lo sabrás aora.
Siempre, señor, desde niño
no sè, que oculto mysterio
à mas grandeza me anima,
me alienta á mayor trofeo,
que en la lid de la aspereza
mal hallado irrita el ceño
de aquel tosco afán del campo
rudos entretenimientos.
Quando madrugando el Alba
de claveles borda el viento,
y aunque embozada, y risueña
la và descubriendo el Euro.
Quando en dulces harmonìas

 el

el Gilguerillo parlero,
corriendo le vâ escuchando
murmurador arroyuelo.
Quando la arrogante Rosa
del verde boton saliendo,
encendidâ de verguenza,
vâ examinando su imperio.
Quando fragrante Azuzena
al Gyrasol mas soberbio,
de oro, y plata el pie le borda,
verdes pespuntes haciendo.
Quando en la hermosa floresta
al coger lo mas ameno,
â la salud del rocio
brinda el Jazmin lisongero,
y me hallo en el verde prado,
como ya estoi tan violento,
aunque es todo aquello gusto,
me cansa; pues todo aquello
se viera cada mañana
al salir del Sol luciendo,
marchar veinte mil Infantes,
y diez mil gineres luego,
que á impulsos de la baqueta,
y á soplos del bronce hueco,
si aquellos diestros se animan,
se esfuerzan nobles aquestos.
Fuera en mi mayor pesar
fatal alivio, pues creo,
que para animarme basta
qualquiera marcial estruendo,
que un mosquete sobre el ombro
generoso infunde esfuerzo.
Y en una mano una pica
ilustra heroicos alientos,
y á la celada promete
feliz aplauso del tiempo,
y desde la gola al ristre
brio examine el azero.
Yo no naci para el campo,
que aunque en tosco trage advierto
pobre misero, me anima
á assomos de Caballero,
â seguir, señor, la guerra,
de mi inclinacion efecto.
Viste incauto paxarillo,
que amarrado, y prisionero,
la comida con el pico
vâ poco â poco subiendo,
de quien la necessidad
fué el curioso Maestro,
y que del tiempo cansado
tira, al vérse tan violento,
que él mismo el eslabon quiebra,
ô se dâ la muerte él mesmo?
Assi yo, que siempre he estado
al arado asido, siendo
al romper tanto terron
carcel mi desassossiego,
la cadena hice pedazos,
que me oprimiâ, resuelto
â morir en la faccion,
ô â no volver al empeño,
que mi natural improprio
solicita mi tormento.
Y respondiendo, señor,
â la admiracion que has hecho
de vèrme irritar la ira,
y de empuñar el azero,
digo, que como en mi sangre
parece que estân ardiendo
llamas de mayor esphera,
á soplos de algun secreto,
á un Villano, que atrevido,
barbaramente grossero,
me dixo (terrible lance !)
Que ignoraba (fuerte aprieto!)
la calidad de mis padres,
porque tu, señor (ha Cielos,
quien pudiera en la venganza
dár exemplo al escarmiento!)
porque tu, señor, no eras
quien me diò el sér: quise ciego
castigar, que ofensas viles
mal atajan sufrimientos.
En fin, señor, yo he de irme
â Barcelona, y primero
quiero que me desengañes
de quien soi, porque con esso
podrè seguir mi derrota,
animoso â qualquier riesgo:
podrè arrojarme al peligro,
podrè conocer, si puedo,
á pesar de la fortuna,
emprender heroicos premios.
Garc. Admirado de escucharte,
apénas estoi creyendo
tu resolucion. *Auror.* Mi hermano,
ô con la colera ciego,
ô con el pesar, señor,
se arroja â querer tan necio,
no atendiendo á tu decoro.
Montig. Aurora, yo siempre atiendo,
sin fabricar desvarios,
â hacer todo lo que debo.
Garc. Confuso, y absorto estoi! *Ap.*

Porque si aora le niego
su origen, puede importarle,
para seguir sus intentos;
y si quien es le declaro,
le animo, y no le detengo:
Valgame el Cielo! què harè
en tanta duda? *Montig.* Ya espero,
señor, á que me respondas.
Garc. Y no has de mirar primero,
que un pensamiento tan leve
te precipita à un despeño?
Montig. Mi Estrella todo lo arrastra.
Garc. En fin, te vàs? *Mont.* No ay remedio.
Garc. Qué me has de dexar? *Mont.* Es fuerza.
Garc. Pues si ha de ser, oye atento:
Aunque en esta pobre Aldea
me has visto desde pequeño,
yá cultivar essos campos,
yà con arcabuz, y el perro,
peinando salvages troncos,
y desmarañando cerros,
seguir el tosco animal,
y matar el bruto horrendo.
Es mi Patria Barcelona,
alli nacì tan soberbio
en mi altivez, y en mi sangre,
que aquel desvanecimiento
heredado de los Narros,
pudo heredar el incendio
en parcialidad segunda...
Pues los Caderes; mas esto
decirte, que fuè la causa
de retirarme al sossiego
de esta Aldea, poco importa,
à lo que importa passemos.
Saliendome àcia este monte,
Athlante del primer Cielo,
Columna, que de esse Alcazar
del Sol sufre tanto peso,
guarnicion de este Paìs,
una tarde del Enero
quando alsombra transparente
texe en la flor hasta el yelo,
quando no ay tronco, ni guia
á quien no vista de espejo,
con cabos de tanta nieve
lo rigoroso del tiempo.
Y entrando por la espessura
de riscos, zarzas, y enebros,
oigo una voz, y la escucho,
dudo lo que es, y la temo.
Yà valeroso me animo;
cobarde yà no me aliento:
yá discurriendo, me ofusco;
absorto yá, titubeo.
Tal vez, atr ás me retiro;
tal vez, adelante vuelvo,
hallandome siempre en calma
entre el valor, y entre el miedo.
Vuelvo à aplicar el oìdo,
y conozco, que no lexos,
persona humana se quexa
en lastimosos accentos.
Assombrado en confusiones,
y los sentidos opuestos,
barajados unos, y otros
à nada se resolvieron.
Iban creciendo las voces,
mi tem or iba creciendo,
aunque la duda animaban
escrupulos del deseo.
Determinome, en fin, pues,
y alborozado rompiendo,
chopo à chopo, y planta à planta,
del monte todo lo espeso.
Lleguè cerca de una gruta,
breve esphera del silencio,
amplio alvergne del temor,
y adorno del monte fiero:
quando un arrogante Tygre
(compuesto de mil remiendos,
si no de manchas escripto,
firmado de dos pies negros)
saliò por la obscura boca:
viendome solo à este tiempo,
el valor huyò de mi,
erizòseme el cabello,
mis plantas eran inciertas,
cubriòse el cuerpo de yelo,
las vidrieras de mis ojos
eran yà turbios espejos:
y en fin, me hallè tan turbado,
tan sin animo, tan ciego,
que preguntè de alli à un rato
à mi mesmo por mi mesmo.
Apenas volvì del susto,
quando el bruto por el suelo,
puesto à mis pies me halagaba,
yà timido, yà risueño.
Por señas empezò à hablar:
seguìle, y algo temiendo
fuì, admirando el prodigio,
y contemplando el portento.
Llegamos á un risco hendido,
que sin duda, por soberbio,
para hacer de él notomìa,

el Cielo, y la tierra abrieron.
Aquì el bruto se parò,
y con demudado ceño,
mudo, y racional lenguage,
señalò, que entrasse dentro.
Entrè, y entre blancos paños
(perdonad si me enternezco)
hallè un niño, que eres tu,
tan hermoso, que suspenso,
ò creì, que eras Estrella
en los impulsos primeros,
è Lucero enmarañado
entre un pedazo del Cielo.
Conocì el milagro entonces,
y con amoroso afecto
te saqué envuelto en mi capa:
yo llorando, tu riendo,
baxamos el monte abaxo,
y el incapaz bruto fiero
nos fué sirviendo de escolta,
hasta dexarnos sin riesgo.
Llegué contigo á esta Aldea,
y admirandome el empeño,
en mi casa te he criado,
como á hijo, no lo niego.
Y puedes creer, Montigre,
que te he estimado, y te quiero,
con ser Aurora mi hija,
mucho mas à ti sin serlo.
Ya te vàs, yo no procuro,
por ser honrado tu intento
detenerte: pero lleva
escripto en el pensamiento,
que ha sido un monte tu padre,
un risco tu primer lecho,
una fiera por quien vives,
y yo quien assi te ha puesto.
Montig. Reconociendo el favor,
me ha de dár lugar el Cielo
de agradecerlo algun dia,
y aora juro, y prometo
por la Cruz de aquesta espada,
de examinar lynce atento
(hasta saber de mis padres)
Cathaluña toda, siendo
barbaro horror en las sierras
y assombro en los Pyrineos.
Abrazanse.
Dame los brazos, y à Dios,
que yo me voi. *Garc.* Mucho siento
tu ausencia, pero tambien
de tus designios me alegro.
Montig. No llores, Aurora hermosa,
y de tu amor, y mi afecto,
aquestos brazos confirmen
la verdad. *Auror.* Apenas puedo
mover el labio, y apenas
la voz se forma en el pecho.
Montig. Guardeos el Cielo mil años.
Garc. Y à ti te dé suerte el Cielo:
vèn, Aurora: voi sin alma.
Auror. Sin alma, y sin vida quedo.
Vanse, y salen la Condesa de Rosellon, y Flora con charpas, y pistolas.
Condes. No dexaste yà el criado
con los caballos? *Flor.* Ya queda:
para que mejor se pueda
nuestro intento assegurado
conseguir: pero tu alientas
con notable ceguedad
la mayor temeridad,
que se ha visto.
Condes. En vano intentas,
Flora bella, aconsejarme;
y advierte para mis quexas,
que quando mas me aconsejas,
procuras mas irritarme.
Theatro este monte fuè
del prodigio; mas què digo?
No fuè, sì infeliz testigo
de mi desdicha, en quien vés
mi temor quando le nombro,
para augmentar mi dolor,
en cada tronco un horror,
y en cada planta un assombro.
Aquì, Flora bella, aquì,
para crecer mi desvelo,
hice (ay de mi!) contra el Cielo
lo que te dixe: ay de mi!
segunda vez, que el tormento
tanto el corazon aflige,
que à ratos èl mismo elige
por alivio el sentimiento.
No sè, de que llego á vér
su cumbre como veloz
puede moverse la voz,
ni lengua puedo mover.
Pues es cierto, que advertido
mi pesar, y no morir,
ò què yo no sè sentir,
ò que me falta el sentido.
Y aqui engañada del Conde
de Barcelona (ha traidor!
pues assaltando un honor,
mal á quien es corresponde)
Una tarde, quando el Sol

iba à anegar liberal
sus rayos en el crystal,
palido yà su arrebol.
Llegando junto à la falda
de esta eminencia, á quien hace
al tiempo que el Alba nace
su hermosa copa guirnalda.
Aunque sì en muchos temores
el cuidado previniendo,
voi poco à poco sintiendo
de mi ofensa los rigores.
El Conde (terrible aprieto!)
mas me acobarda el decirlo,
con las ansias de sentirlo,
que todo el afán inquieto.
Dexô assegurar la gente,
y en tan cauteloso daño,
pudo injuriar un engaño
el honor mas innocente.
Aqui tu discurso advierta,
como en suerte tan esquiva,
tuve aliento para viva
en tanto indicio de muerta.
Cruel provocô el valor,
y libre á la ceguedad,
examinó la piedad,
quando executa el rigor.
Dexôme, y siendo tyrana,
discurriendome severa,
poco humana para fiera,
mucho fiera para humana.
Vuelvo à mi gente, y mi pena,
que con mi escrupulo lucha,
hallo à penas: pero escucha,
gente parece que suena.
Dicen dentro Montigre, y Caracol.
Mont. Ha Caracol? *Carac.* Y pregunto,
me llamas con caxa, y todo?
Flor. De Vandidos es el modo.
Condes. Mas que sea el Infierno junto.
Salen Caracol, y Montigre de Vandoleros
Monti. Buena es tu flema. *Car.* Yo gasto
(que por esso lo dirás)
desde que nacì no mas
flemas, y miedos à pastos:
mas dime, donde caminas,
que con tanta prissa vàs?
Monti. Calla, y despues lo sabràs.
Carac. No entiendo à lo que te inclinas
tan cruel, y temerario:
pero en lo que manifiestas,
quieres aprender à Gestas,
para hacer algun Calvario.
Ayer villano, señor,
y oy Vandolero? No infiero
de villano, ô Vandolero,
qual puede ser lo peor.
Pero te estimo de suerte,
bien estado, ò mal estado,
que como leal criado
te servirè hasta la muerte,
que yá contigo he venido,
y contigo me crié
desde que nacì. *Monti.* No sé,
que assombro me ha divertido.
Flor. Bien recelaba de quien
eran las voces, señora;
mas escondernos aora
podemos. *Condes.* Has dicho bien.
Hacen que se vàn, y detienelas Montigre.
Monti. No el susto os haga, señora,
accelerar de essa suerte,
porque mal teme la muerte
quien tal belleza athesora;
y mi discurso no ignora,
que era intentarlo perderme,
pues al querer resolverme,
fuera fuerza entre los dos
ser yo el muerto, siendo vos
quien pudo primero vèrme:
Mas vuestro valor me inclina,
y nunca la charpa os falte,
para que ninguno assalte
vuestra hermosura divina,
en todo tan peregrina:
Naturaleza ingeniosa,
puso espinas à la rosa
para guardarla, y en vos
os puso esse aliento Dios,
porque os hizo tan hermosa.
Entre tan confusa calma,
parece que sois mi centro,
pues apenas os encuentro,
y yà me robais el alma.
Si de vuestro amor la palma
mereciera en lo que toco,
amante viviera loco:
pero en vano es mi recelo,
porque para tanto Cielo
aun he merecido poco.
Condes. Galàn, afable, y cortés,
puedo obligada deciros,
que ha sido aora el oiros,
(en mi) gustoso interès:
mas no blasoneis despues,
que fué una facil passion,

porque

porque no sé que razon
me obliga. que al escucharos,
sin inclinacion de amaros,
me usurpais la inclinacion.
Reconocida, señor,
â lo mucho que os merezco
tanto esse afecto agradezco,
que os estimo por favor.
Pero causa superior,
mi recato anima aquí,
con que es evidente assi,
siendo acaso oy en los dos,
que ha mucho que vivo en vos,
ò que vos estais en mi.
No vuestra fineza admiro,
que feliz dicha pretende
mi amor, si, pues que se enciende
â lo facil de un suspiro.
Y quando mas me retiro,
con mas violencia provoco
este ardor, que no revoco,
mirad si entre lo que lucho
haveis merecido mucho,
con haver grangeado poco.

Carac. A la pelota los dos
jugarán por excelencia,
porque si èl saca de molde,
ella rechaza de perlas.

Monti. El vèros en esse trage,
y en este monte, licencia
me dad para que os pregunte,
què buscais, ò què os alienta
â seguir extraños rumbos,
Vandida de estas malezas,
porque si en alguna cosa
serviros puedo, aunque sea
á costa del mayor riesgo,
pondré mi vida en defensa
de vuestro intento. *Flor.* Señora,
para el juego que tu llevas,
advierte, que es buen embite.

Condes. Pues en la palabra vuestra
fiada, os dirè mi empeño.

Carac. Por Dios, que es rara belleza!

Condes. El Conde de Barcelona,
hasta Colvato, esta fiesta
passa desde Monserrate:
mas porque primero adviertas
quien soi, y lo que me anima
en este lance, Condesa
de Rosellon nacì, en fin,
tan desdichada:- *Dent.* A la vuelta
del monte, ácia essotra parte.

Condes. Este es el Conde, ya empieza
mi honor á tomar venganza;
mas pues lo estorva una fuerza,
y no puedo hasta despues
deciros mas, sólo os ruega
mi amor, que por ser muger,
en mi favor os merezca.

Dentr. Fia al monte essos caballos.

Monti. Obra, señora, y no temas,
que me has de hallar á tu lado,
aunque â estorvarlo viniera
toda Cathaluña. *Condes.* El Cielo
os dé vida. *Carac.* Ya me empiezan
parasismos, y me hace
cocos un Requiem æternam.

Salen el Conde de Barcelona, D. Juan, y Fabio, criado, de caza.

Juan. Advierte, señor:- *Cond.* En vano
mi ardor neciamente remplas:
yo me he de llevar á Aurora.

Juan. Su padre, no consideras,
que la guarda cuidadoso?

Cond. No importa, que quando quiera
impedirlo; mas qué es esto?

Condes. No se admire vuestra Alteza
de vèrme entre tanto tronco,
Patas de estas asperezas,
que como en mi pecho á soplos
del desaire, las pavesas
de la llama de mi agravio
son irritadas centellas,
no es mucho, que entre estos montes
desesperada, ò soberbia,
negandome para humana,
quiera estudiar para fiera.
Como no volveis los ojos
â la razon? Como ciega,
sin escrupulos de nada,
vive en vos una evidencia?
Como al vérme teneis vida?
Pero como no os inquietan
obligaciones, no importa
de que os acuerden baxezas.
Què os hizo mi amor? Qué os hizo
mi agasajo? Què violencia
de vuestras falsas caricias
padecen tanta tormenta?
Si un hombre comun, señor,
que necio no considera
su origen, quiere aspirar
â cosas grandes, es fuerza,
que le note mas el vulgo,
porque èl mismo se violenta.

Y si un Principe executa
un engaño, dà licencia
à que lo murmuren todos;
pues de la misma manera,
que la grandeza en aquel,
parece en él la cautela.
No respondeis? Pero vos,
claro està que serà fuerza
hacer con una disculpa
satisfaccion de la ofensa.
Monti. No sé que se tiene el Conde, *ap.*
que al mirarle el alma tiembla.
Juan. Señor, en aqueste lance:-
Conde. Calla, que una estratagema
lo ha de remediar aora.
Juan. Repara à lo que te empeñas.
Conde. Inadvertida, señora,
os quexais, quando en mi pena,
de vuestro afàn cuidadoso,
ay mas pesar que en la vuestra:
Yo cauteloso? Yo falso?
Yo lisonjas? Quien pudiera,
para vuestro desengaño,
sino para mi defensa,
poder descubrir el pecho,
y à la luz de mi firmeza,
enseñaros mucha fè,
sin rebozo en breve esphera!
Yo quando estoi tan sin mi
por ser vuestro? *Condes.* Vuestra Alteza
tan fino? De quando acà
tanto agasajo me muestra?
Porque puedo imaginar
al oirle mi advertencia,
ò que vuestra Alteza es otro,
ò que inadvertido piensa,
que no soi yo con quien habla,
y por otra me festeja.
Conde. Pues yo, quando de serviros
he faltado? Y para prueba
de mi amor, esta es mi mano.
Condes. Qui en viò mas feliz Estrella?
y esta, señor, es la mia,
que hacer menos no pudiera
un Conde de Barcelona,
de cuya heroica grandeza
tanto tymbre se origina,
y tanto blason se alienta.
Hablan el Conde, y la Condesa.
Monti. De zelos estoi rabiando;
pero no sé que secreta
Deidad en el Conde vive,
ò que mysterio se encierra,
que à tanto respecto mueve.
Juan. Aora el Conde ya es fuerza
que olvide à Aurora. *Conde.* Señora,
ya es tarde, y pues que tan cerca
estamos ya de Colvato,
podeis venir, donde pueda
descansar vuestra fatiga
un rato: ay, Aurora bella!
Condes. Vamos, pues es gusto vuestro:
animo, honor, que ya empieza
à volver por tanto agravio
el Cielo. *Conde.* De esta manera
asseguro mas mi intento,
pues con vér à la Condesa,
su padre de Aurora, es cierto,
que ha de hallar mi diligencia
ocasion de su descuido:
venid, Don Juan.
Juan. Ay quimeras *ap.*
iguales! Sin duda el Conde
quiere que su esposa sea.
Condes. Hombre, què tienes, que el alma
teme de vèr que te dexa?
Vanse todos, y quedan Montigre, y Caracol.
Carac. Buenos havemos quedado,
lo cierto es, que no pudiera
haverse hecho con un negro
el desaire, pues te dexa
por figura descartada,
y no es mucho que lo hiciera,
con el siete que le vino.
Monti. Mas aora me atormentas
en referir mi pesar,
porque entre tan graves penas
basta, sin que me lo acuerdes,
que yo conmigo lo sienta.
Carac. Si, pero no despedirse,
què murgecilla lo hiciera,
despues de gastar tu prosa
en el figon de su arenga?
Monti. O, pluguiera à Dios, que antes,
que lo viesse entre estas peñas,
à los impulsos de un rayo,
torpe desperdicio fuera.
Pluguiera à Dios, que primero
me arrojàra una soberbia,
ò me echàra un precipicio
al corage de una fiera.
Carac. Quieres que te dè un remedio
para despicarte de ella?
Monti. Qué remedio puede haver
quando con tanta evidencia
es yà esposa del Conde?

Carac. Pues què importa que lo sea?
Metete à representante,
y en la primera Comedia,
sin decir oste, ni moste,
casate con una Reina,
que juro á Dios, que se havia
de morder de las muñecas.
Monti. Sigueme, y dexa locuras.
Carac. Y donde vàs? *Monti.* A la Aldea
he de volver, Caracol,
otra vez. *Carac.* No consideras,
que està alli el Conde, señor?
Monti. Aunque el Demonio estuviera,
fuera de que en otro trage
no es mui facil de que puedan
conocernos. *Carac.* Bien està:
pero con esso, qué intentas?
Monti. Vèr à la Condesa solo.
Carac. Pues, y tu padre? *Monti.* A fineza
es forzoso que atribuya,
de que á vèrle otra vez vuelva.
Carac. Si todo lo facilitas,
vamos; pero no quisiera
traer un tanto en las espaldas.
Monti. Yendo conmigo, no temas. *vans.*
Salen Aurora, y Garcia su padre.
Auror. Mal, señor, te has empeñado
en el servicio del Conde,
viendo que no corresponde
á lo que debe obligado.
Garc. Nunca agradecido niega
el buen passage, y aora
es forzoso, y assi, Aurora,
retirate, porque llega
sin duda cerca. *Auror.* Es mui justo:
pero quando no lo fuera,
porque tu gusto se hiciera,
lo hiciera por ser tu gusto. *vas.*
Garc. Quien viò mas rara belleza,
ni viò obediencia mayor!
Pero en fin:-
Salen el Conde, y Fabio de caza.
Conde. Garcia? *Garc.* Señor,
dème à besar vuestra Alteza
los pies. *Conde.* Los brazos tomad,
que siento mucho, à fe mia,
que no conozcais, Garcia,
mi amor, y mi voluntad.
Garc. Estimo mucho, señor,
la merced, y tambien creo,
que os sobra mucho deseo
de hacerme mucho favor:
pero como haveis llegado
tan solo? *Conde.* Como hasta aquì
he seguido un javalì,
y con aqueste criado
de todos me adelantè.
Garc. Vendréis cansado. *Cond.* Y quisiera
descansar, antes que fuera
mas tarde, que por mi fè
os prometo de verdad,
que es la caza afán cansado.
Garc. Para quien no està enseñado,
señor, es penalidad:
ea, vuestra Alteza entre
á este quarto, porque aora
descanse un rato. *Cond.* Ay, Aurora,
quiera el Cielo que te encuentre! *ap.*
Advertid, que la Condesa
de Rosellon viene aqui,
y que mireis que por mi
(aun de decirlo me pesa: *ap.*
pero para conseguir
lo que mi cuidado intenta,
es fuerza, que en algo mienta,
quien sabe tanto fingir.)
Digolo porque mi esposa
ha de ser, y si gustais
algun festejo la hagais.
Garc. Mandad, señor, otra cosa,
que en serviros á los dos
pondré todo mi desvelo.
Cond. Guardeos mil años el Cielo.
Garc. Ea, descansad, y à Dios.
Vanse el Conde, y Fabio, y por otro lado salen Caracol, y Montigre.
Carac. El camino à toda costa
corremos, y marabillo,
que no toques cornetillo,
por lo que tienes de posta.
Montig. Quien ama, Caracol, vuela.
Carac. Esse, señor, es el susto,
que tu vives con el gusto,
y à mi el gusto me desvela.
Monti. Padre, y señor. *Garc.* Hijo mio,
vos os volveis? Pues qué es esto?
Como en Colvatò tan presto?
Dadme los brazos, que fio
con que animoso me aliento,
en solo vèros aora
la commodidad de Aurora,
mi descanso, y vuestro augmento.
Monti. De Monserrate, señor,
he vuelto otra vez á veros,
porque no fuera quereros
irme con tanto rigor.

Garc.

Garc. Desvelo amoroso ha sido,
que anima justo cuidado.
Montig. No puedo yo haver negado,
que por padre os he tenido.
Garc. Bien vuestro afecto lo abona,
mas mayor dicha os prevengo,
sabed, que por huesped tengo
al Conde de Barcelona,
y la Condesa tambien
viene esta tarde, y assi;
mas ya pienso que está aqui.
Monti. Mucho temo su desdèn. *ap.*

Salen la Condesa, Don Juan, y Flora criada.

Condes. Fragosa tierra, Don Juan.
Juan. Los Pyrineos, señora,
se puede decir aora,
que en estas sierras están.
Garc. Dadme, señora, los pies,
favor de tanta grandeza,
pues con vér vuestra belleza,
se acredita mi interés.
Quando alegre, y feliz goza
aplausos del Conde, y vos,
viniendo aora los dos
á honrar esta pobre choza.
Condes. Aunque ignoro vuestro sèr,
justa obligacion me anima,
por lo que el Conde os estima
á poderos conocer.
Garc. Siempre consigue obligado
mayor suerte mi desvelo.
Condes. Vuestro agassajo recelo,
mas afecto, que cuidado.
Garc. Cansado llegò su Alteza
del camino. *Condes.* Un Javalì
corriò en el monte. *Monti.* Ay de mì!
que para tanta grandeza
en vano mi ardiente fuego
oy impossibles desea.
Condes. Tendréis en aquesta Aldea
mas quietud, y mas sossiego.
Garc. Aqui, señora, suaves,
yá en risa, yá en harmonìa,
nos sirven de compañia
los arroyos, y las aves.
Condes. Son hijos vuestros los dos?
Garc. El uno, y á Dios pluguiera,
(ay de mi!) que verdad fuera.
Condes. Guardeosle mil años Dios:
quien viò Zagal mas lozano,
pues parece superior
Serrano, que es mui señor,
y señor, que es mui Serrano.
Garc. Yo voi si mi dais licencia,
(pero qué digo!) á ordenar
donde podais descansar.
Condes. Id con Dios. *Garc.* Y á V. Excelencia
guarde el Cielo.

Vase èl, y luego Don Juan.

Condes. Vos, Don Juan,
mirad si quiere algo el Conde.
Juan. Con què traicion corresponde
á tan amoroso afán!
A Aurora quiere robar
libre con tanto poder;
mas si es fuerza obedecer,
en vano intento dudar. *vase.*
Carac. Yá estás al pie de tu gusto
sin embarazo. *Condes.* Ay razon,
que atropelle una passion!
Carac. Traga de una vez el susto.
Monti. No os assombre, quando solos
nadie nos escucha aora,
que reconozca un engaño,
ò una verdad reconozca:
qué admira vér un cariño,
que apenas aliento forma
de agassajo, y yá fallece
desden á la primer hora?
Sin duda, que aquel halago,
que os debiò mi amor, fué forma
de una ilusion: pero yo
no lo advertì ceremonia,
que como me estaba bien,
aunque fué tan á mi costa,
mas le averigué fineza,
què le examinè lisonja.
Condes. Hombre, quien eres? Què dices?
O qué intentas? *Monti.* Poco importa,
que quien me fingiò un afecto,
tan presto me desconozca:
quien ama, en aquello que ama,
como es objecto que adora,
sin que pueda reprimirse,
se reduce, y se transforma.
Vos no me haveis conocido,
con que acredito, señora,
que no debiò mi amor nada
jamás á vuestra memoria.
Porque á deberos amarme,
fuera evidencia forzosa,
por véros á vos en mi,
no desconocerme aora.
Condes. Dichosa el alma se alegra
de escucharlo, aunque le ignora.
Carac. Quien no ha conocido á quien,

segun

segun de tu pesar consta,
eres tu, y assi es tu duda,
como moneda chanflona.

Flor. Quien viò mayor confusion!
quien escurriera la bola!

Montig. Si el hallarme de este modo,
mal de quien soi os informa,
dexar la charpa, y el monte,
yà me sale à mucha costa:
pero no ha mucho que en vos
con razones amorosas
en la falda de essa sierra,
que puntual el Cielo estorva
la luz del Planeta quarto,
siendo escandalo del Boreas:-

Condes. Esperad, que yà quien sois
es forzoso que conozca
por las señas, y es mui justo,
que de una accion tan airosa
os agradezca el favor;
mas no que hagais tan notoria
cautela de una fineza,
que examinasteis tan propria.

Montig. Como no puede saberse,
si un incendio que enamora,
es evidencia, ò mentira:
no os admire, que suponga
lo que me està mal. *Condes.* No puedes
de què forma? *Monti.* De esta forma:
En lagrymas, ò en suspiros
se declara quien adora,
tal vez afecto de amor,
qualquiera de las dos cosas.
Luego parece impossible
distinguirse en lo que forman
un engaño de un afecto,
pues con tanto afecto obra
un mentiroso suspiro,
como una verdad que llora.

Dice dentro.

Auror. Padre, y señor. *Garc.* Ha, traidores,
como una infamia os provoca?

Carac. Valgame el Cielo, qué escucho!

Montig. Sin duda es la voz de Aurora.

Sale Garcia en cuerpo con espada, y daga desnuda.

Garc. Donde turbado me anima,
ciego pesar, que me arroja,
si cauto lustre á mi sangre,
impensada ofensa borra?

Montig. Qué es esto, señor? Pues como
assi vos? *Carac.* Aqui fuè Troya.

Garc. Ya, Montigre, ha fallecido
mi aliento, y ya en la congoxa
de un agravio, pudo hallar
torpe origen mi deshonra.
Yà que yo no soi, es cierto,
pues tanto dolor me roba
todo el sér, quando soi solo
de lo que fui una sombra.
Traidor el Conde: (ay de mi!)
quien en crueldad tan penosa
lograra (por no sentirlo)
muriendo, feliz victoria!
En un caballo, que sabe
mas que bruto à Barcelona,
usurpandome la vida,
me lleva usurpada á Aurora.

Condes. Què dices? *Garc.* Lo que es verdad.

Condes. Plegue al Cielo, que una roca
yugo de tus ombros sea,
desmarañandose toda,
Conde falso, y que el caballo
escarapelando en ondas,
bruto feroz en un risco,
sepulchro infeliz te escoja.
Què alevoso pensamiento
oprimiò tanta discordia,
para engañarme otra vez
con ambicion cautelosa?

Montig. Sossegaos, que por dos partes
yà la venganza me toca,
por lo que os debo la una,
y por mi hermana la otra.
Y por los sagrados Cielos,
á quien hermosas adornan,
como candidos Luceros
mas imperiales antorchas,
que he de ser en essas sierras
Lobo, que con sed fogosa,
hasta apagar su corage,
agravia, hiere, y destroza,
viviendo inhumana fiera.

Carac. Yo te serviré de cola.

Garc. Ea, Montigre, à la venganza,
que aunque la edad se me oponga,
seré rayo, cuyas chispas
abrasen á Barcelona.

Montig. A la venganza, señor,
y pues la vida me estorva,
muera el Conde, y todos mueran.

Condes. Yo, siendo Tygre furiosa,
no faltaré de tu lado
hasta vengarme, porque oiga,
siendo escandalo del Orbe,
de mi un assombro la Europa.

Garc. Pues à restautar mi honor.
Condes. Pues à vengar mi deshonra.
Montig. Pues al monte, hasta que vea
libre en mi poder á Aurora. *Vanse.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen Garcia Narro, Montigre, la Condesa, y Flora de Vandoleros.

Garc. Esta es Jobe, que al Cielo
pretende taladrar su hermoso velo,
siendo Gigante verde,
por quien del Sol la luz tal vez se pierde,
pues hallando en su cumbre su fatiga,
al mirar el puntal rayos mendiga:
en cuyo estorvo fiero,
el bruto mas feroz, y mas ligero,
de su Carro Imperial le ha succedido,
corriendo, tropezar, y haver caido.
Junto á la falda, pues, de aqueste assombro
con tanta Estrella errante sobre el ombro
se mira Barcelona,
de toda Cathaluña la Corona,
à quien pone á sus pies, si se desata,
el Mar Mediterraneo hilos de plata;
pues si alcanzarla presumido emprende,
fosso la guarda, y muro la defiende.
Desde aqui sus murallas, y bastiones,
estorvando ambiciosas presumpciones,
verás, Montigre, siendo en su porfia,
escandaloso horror la Artilleria.
Solo nos falta aora,
para nuestra venganza, y la de Aurora,
dandole al Conde guerra,
vibrar la ira, y oprimir la tierra:
que aunque mayor defensa
advierta altivo, para tanta ofensa,
es pequeño instrumento,
en belicosa union marcial aliento.
Condes. Pues los tres intentamos
oponernos al Conde, y consultamos
advertidos el modo
de arruinar su poder, naciendo todo
de tan forzoso empeño,
y pues oy es Montigre yà mi dueño,
y como á tal le fio
imperio, que gobierna mi alvedrio,
mejor es retirarnos
á Rosellon, señor, hasta vengarnos,
que yo induciendo mis Vassallos, puedo
poner à Cathaluña en tanto miedo,
que tiemble toda España,
de vèr marchar furiosos la campaña,
seis mil Infantes, y tres mil Caballos,
que aun en su esphera Marte ha de invidiallos.
Montig. Ya Caracol se tarda,
y la resolucion tan solo aguarda
de Aurora mi desvelo,
pues si quiere mi dicha, ó quiere el Cielo,
que saque libre à Aurora,
el Conde, y Barcelona al vér, señora,
mi aliento, y su desmayo,
me han de admirar prodigio, y temblar rayo.
Condes. Tu fineza examino
en tu valor, prodigio peregrino,
anima tu deseo.
Montig. Es tu favor, señora, gran tropheo.
Dentro. Antes que llegue, muera.
Carac. No avrá un poquito de piedad siquiera?
Montig. Este estruendo es sin duda
de los Vandidos, que oy en nuestra ayuda
se ofrecieron. *Condes.* Si acaso
traen algun Cathalàn, que saliò al passo
en mi rigor esquivo,
lo que tarda en llegar, durarà vivo.

Salen Vandoleros, y sacan à Caracol atadas las manos.

1. Lleve las manos atadas,
y no mas dé en porfiar,
porque podrá ser llevar
quatrocientas bofetadas.
Carac. Esse es mui pequeño excesso,
y es aliento mal logrado.
2. Por qué? *Carac.* Porque el mas cuitado
tiene mano para esso.
1. Parece que se desmaya,
ò pretende que le muevan.
Carac. Pues á qué fiestas me llevan,
que quicren que apriessa vaya?
Monitg. Caracol? *Carac.* Señor, mamòla,
dame á besar de tu pie
todo aquello que se vè,
sin reservar una sola
cosa: y entre pena tanta,
para que mi susto cesse,
dexa, señora, que bese
de popa à proa tu planta.
Condes. Quien assi te atò? *Carac.* Los dos
como enemigos, indicio
de que somos de un oficio,
sì por la gracia de Dios.
Montig. Desatadle. 1. Yo no he sido
culpado en aquesta accion.
2. Ninguno, pues la ocasion
Desatanle.
es no haverle conocido.

Montig. Como te fué en Barcelona?
y viste á Aurora? *Carac.* He visto al Sol,
cuyo candido arrebol
tan hermosa luz corona:
albricias me puedes dàr.
Garc. Ea, los dos discurrid
todo el monte. *Monti.* Y advertid,
que nos haveis de buscar
esta noche. *Garc.* De què modo,
dime, la llegaste á vèr?
què te dixo? *Carac.* Ay mas què hacer?
escuchad lo sabrèis todo.
Llegué al Palacio del Conde,
que en medio de la Ciudad,
parece que no parece,
si se mira faz á faz.
Cuyo empinado edificio,
entrandome en el zaguan,
con mas miedo, que verguenza,
me empecè á determinar.
Subi la escalera arriba,
con un temblor tan neutral,
que no moverse algun gato,
fuè no retirarme atrás.
Mirè ázia un lado una puerta,
y dixe entre mi: Esto yà
ha de ser, ô viva, ò muera
con animo liberal.
Y viendo el postigo entonces
abierto de par en par,
entrème passo entre passo:
pero fuè bestialidad;
porque en lance semejante,
un perro no hiciera mas.
Iba de una en otra sala,
con un temblor tan igual,
que si acaso me encontràran,
me pudiera disculpar,
con la plaza de azogado,
pobre de solemnidad;
que viviendo de limosna,
no sabe por donde vâ.
Entrè en un hermoso quartò,
Cielo del Alba Oriental,
pues vi á la Aurora, y al Sol,
y vi al Sol, Aurora yá.
Volviò la cabeza, y viòme,
y dixe: Bien tu Deidad,
para no mendigar rayos,
de qualquiera modo està;
porque tanto de Divino,
su belleza singular
tenia, que en poco humano,
mirè mucho celestial.
Mas como Aurora era Sol,
y solo fuè luminar
en nuestros rusticos montes,
la fuerza del natural;
hermosa su incendio quiso,
con mayor luz fulminar,
viendo objecto, donde pudo
ser su ardor mas eficaz.
Dile el papel, y al tomarle,
se traduxo tan crystal
en la nieve de sus manos,
que tuvo necessidad
de ser Sol precissamente,
para volverle â enjugar.
Metiòme en un guarda-polvo,
porque con seguridad,
su breve resolucion
pudiera oculto esperar.
Desde allì escuchaba â Aurora
quexandose de su mal,
con el papel en la mano
discurrir, y consultar
su remedio, y tu venganza;
mas siempre mas pertinaz,
de mi temor el achaque,
con haver purgado yà.
En esto (como el que assecha,
ò el que pretende escuchar,
que bebiendose el aliento
con secretos passos vâ)
llegó el Conde entonces, yo
el corazon sin alear,
como passa de Corito,
y el animo floxedad,
zurcirme de modo pude
en un rincon criminal,
que aun siendo el desvàn tan corto,
no estorvaba en el desván.
Aurora, que vèrle pudo,
empezó al punto â rasgar
tu papel (señor) fingiendo,
con indignado ademàn,
que al Conde se le escribia,
para que de Charidad
le diesse algun passaporte,
y diciendo en lance igual,
mucho mejor que la tinta
puede la lengua informar,
se vieron los dos; el Conde
amante fino, y galàn,
con mas de diez mil suspiros
la empezaba â enamorar.

Ella respondiendo à todo
(airosa la honestidad)
siempre se estaba en sus trece,
sin poderla conquistar.
El mas tierno replicaba,
quando ella negaba mas:
amostazòse un poquito
su ofendida voluntad,
y echando aquesta colecta
de, una violencia lo harà,
de los desdenes de Menga
despreciado se fué Bràs.
Sali del zaquizamì,
queriendolas apelar,
à despedirme de Aurora,
y ella tambien puntual,
reparando en el peligro,
me procurò despachar.
Diòme esta llave maestra,
y dixome: El riesgo que ay,
ya lo has visto: di à Montigre,
que con ella puede entrar
secretamente esta noche
hasta mi quarto: aqui està,
tomala; mas vete solo.

Dàle una llave.

Porque para atizonear
me lleven seis mil Demonios
quando yo volviere allà
otra vez, que no he de ser
tan venturoso animal,
que en uno de dos no pague
à cuenta de los demàs.
La resolucion de Aurora
ya te he dicho, la essencial
inquietud tambien la sabes:
conforme aora has de obrar,
imagina, advierte, piensa,
consulta, pretende, y haz
discursos, porque el rigor
de tu hermana, y el afàn
es grande, es mucho, y con esto
aqui gloria, y despues paz.

Garc. Ea, Montigre, la ocasion
te llama, para lograr
nuestro intento.

Montig. Aunque en el riesgo,
y en tanta temeridad
perdiera con evidencia
la vida, no he de dexar
de concederme al peligro.

Condes. Viva tu aliento immortal,
pero he de seguir tus passos.

Montig. No, señora, que hace mal
quien con embarazos proprios,
para estos empeños vá:
Ya el Sol passando el Ocaso
por montañas de crystal,
de la noche obscura parda
creciendo las sombras ván:
dadme los brazos, y à Dios.

Abrazanse.

Condes. Mira:-

Montig. Ya no ay que mirar.

Condes. Vuelvate el Cielo à mis ojos.

Montig. Eterno mi amor serà.

Garc. Donde ay valor ay fortuna.

Montig. Si à Aurora doi libertad,
ni ay desdicha que temer,
ni ay mas suerte que esperar.

Condes. Donde hemos de poder veros?

Montig. Mi cuidado os buscarà
en el monte: Caracol,
ven conmigo. *Carac.* Porque errar
no puedas te seguiré,
mas determinado ya
à no passar de la puerta.

Montig. Seguros podeis quedar,
de que he de satisfaceros.

Garc. Con mayor felicidad,
vencido tanto impossible,
quiera el Cielo que volvais. *Vanse.*

Condes. Los dos aora podemos
(por si acaso resultar
puede algun riesgo) seguir
con nuestra parcialidad
à Montigre, que no es bien,
quando se llega à empeñar,
olvidarme en el peligro.

Garc. Mal, señora, lo mirais:
Montigre, es forzoso que entre
à poder executar
su intento en casa del Conde,
y quando vàmos allà,
si en el riesgo que se hallare
no le hemos de remediar,
siendo assi, que ha de entrar solo,
evidente, y claro està,
que mucho mas que ayudarle,
ha de ser embarazar.
Ya enmarañando las nubes
el Cielo la obscuridad
pone horror grande, y assi
nos podemos retirar
à una gruta, que entre un risco
en medio del monte està,

tosco alvergue para abrigo,
señora, de los demàs,
hasta que el Alba madrugue.

Condes. Flora bella, quien podrà
esperar para morir?
mas yo me he de aconsejar
contigo. *Flor.* Pues no es mejor,
y mayor seguridad
esperarle? *Condes.* Inavertida
consideras mi pesar:
y si Montigre no vuelve?

Flor. Entonces mas liberal,
viendo tu pena, al peligro
te puedes determinar.

Condes. Dices bien: vamos, Garcia,
aunque elige siempre mal
quien naciò tan infeliz.

Garc. Seguidme, que no ha de hallar
mi dolor desdicha siempre.

Flor. Dios nos saque de aquì en paz.

Vanse, y sale Aurora con una luz.

Auror. Como en dolor tan violento,
que basta para acabar,
à fuerza de mi pesar,
para vivir tengo aliento?
Como en tan grande tormento,
aun no puedo conseguir
la ventura del morir?
Pero en lance tan esquivo,
es indicio lo que vivo
de lo que no sè sentir.
Triste mi cuidado advierte
en cada passo un horror,
aunque no es mucho rigor
en tan infelice suerte,
y assi mi pena tan fuerte,
sombra torpe me dexò,
mas sin esperanza no,
de volver à lo que fuì,
que no por estar sin mì,
es fuerza negarme yo.
No me anima la grandeza,
quando irrita la ambicion
de mi ignorada traicion,
de una alevosa baxeza,
todo en mi gusto tropieza,
siendo general estrago,
que violentar un halago,
es querer introducir
afecto que ha de morir
antes de morir amago.
No, aunque con tanta evidencia
del Conde el incendio crece,
mi afecto se desvanece,
ni falta mi resistencia.
Pues quando con mas violencia
presume lograr su ardor,
que como està el pesar dentro
y và la causa al encuentro,
al labio sale el rigor.
Ciega, medrosa, y turbada,
con los discursos que lucho,
emprendo confusa mucho,
quando no consigo nada.
A suerte mas desdichada
mi fortuna ha de traerme,
pues hallo indecisa, al vèrme
con la duda de empeñarme,
peligro en el arriesgarme,
y riesgo en el suspenderme.
Montigre se tarda yá,
ea, pues, aliento mio,
si para aora es el brio:
què dudo? Pues mas quizà
en su piedad hallarà.

Disparan dentro una pistola.

Pero què triste ruido
de una pistola este ha sido?
Si à Montigre (ay de mì!) ha muerto,
para que en rigor tan cierto,
tambien yo aya fallecido?
Volverme à mi quarto quiero
en tanto temor; mas nò,
si he de ser la causa yo,
mejor es morir primero:
acabe rigor tan fiero,
ya, pues, de desarraigarse
de mì, intente animarse
con mas valor mi recelo.

Sale Montigre turbado, con una pistola, y una llave.

Montig. Por donde (valgame el Cielo!)
podrà mi vida escaparse?

Auror. Montigre? *Montig.* Aurora?

Auror. Què es esto?

Montig. Mi desdicha, ò lo que quiere
el Cielo: mira si acaso
podemos huìr, no esperes
à que nos hallen. *Auror.* Quien viò
confusiones tan crueles!
En mi quarto ay un postigo,
que al jardin và, y facilmente
nos podrémos escapar.

Montig. O, quieralo nuestra suerte!

Dentr. Traicion en el Palacio: al Conde
han dado aora la muerte.

Sale Don Juan con una luz, y espada desnuda, à medio vestir.

Juan. Atajad todas las puertas.
Montig. Primero que á morir llegue,
haveis de vér mi valor,
que importa tan poco. **Aur.** Tente.
Juan. Aurora? **Aur.** El señor Don Juan
ha solicitado siempre
mi fortuna, y pues me diò
essa llave, es evidente,
que estoi mas que no á injuriarle,
obligada á agradecerle.
Montig. Yo tambien reconocido
à lo mucho que le debes
puedo estàr: ay mayor riesgo!
Juan. Aora ha de conocerse
mi fineza en ayudaros,
aunque todo lo atropelle.
Montig. Señor Don Juan, perdonadme.
Juan. No es tiempo, Montigre, este,
de que la ocasion se passe
en tantos lances corteses,
que algun dia nos verèmos,
porque si sale la gente
del Conde, será impossible,
que os escapeis; y si vienen,
los divertiré entre tanto,
que los dos os vais. **Montig.** Celèbre
la fama tu bizarria.
Auror. A Dios, Don Juan.
Juan. Como siente
el alma de vèr que Aurora
tan fuera de mi me dexe. *vanse.*

Salen Fabio, y un criado con espadas desnudas.

Fabio. El rumor fuè àzia esta parte.
Criad. Hasta el ultimo retrete
examinemos. **Fabio.** Señor.
Juan. Ya yo cuidadosamente
todo esse quarto he mirado,
pero ninguno parece:
seguidme: de aqueste modo *ap.*
asseguro de que encuentren
à los dos, que viene à ser
el mayor inconveniente.

Vanse, y sale Caracol.

Carac. Medroso mas que cansado,
me he venido poco á poco,
que à Montigre, ô yo estoi loco,
la cabeza le han cascado:
ô imagino en conclusion,
que como se entrò de gorra,
estaba dentro la zorra,
y assi se quedò el hurôn.
Ya el Alba por el Oriente,
brujuleando la luz, dà
indicios que el Sol está
mui cerca, y mas conveniente,
en caso tan singular,
fuera no venir, pues fia
mi esperanza de Garcia,
que en viendome ha de mandar,
por ahorrarme de polilla,
sabiendo lo que ha passado,
dexarme al aire colgado
de algun chopo, por tablilla
de este monte, que meson
es con opinion bizarra,
de quantos con cinco en garra
aves de rapiña son.
Vive Dios, que es raro el modo
de un criado, que aunque haga
bien, se le niega la paga;
y si mal, lo paga todo.
Qualquiera de aqueste oficio
hace ascos, y hace bien,
porque huele mui mal, quien
huele à cosas de servicio.

Sale Garcia.

Garc. Si Montigre avrà llegado,
porque yá tendiendo el Sol
sus rayos; mas, Caracol?
Carac. Pague luego de contado.
Garc. Y Montigre? **Carac.** Yo, señor,
como fuè, mas como no.
Garc. Qué dices? **Carac.** Digo, que yo
me quedé fuera. **Garc.** Ay mayor
confusion! Què ha sucedido?
Carac. Que se hallò un mal encuentro:
porque es cierto, que entrò dentro,
y es cierto, que no ha salido:
y lo que decirte puedo,
es, que apenas pude entrar,
quando senti disparar
una pistola, y el miedo,
que tantos riesgos no ignora,
aunque me assustò cruel,
à fuer de criado fiel
pude esperar mas de un hora.
Pero discurriendo luego
en mi daño tan precisso,
solo por darte este aviso,
cogi las de Villa-Diego.
Garc. Calla, no con tal rigor,
en pena tan conocida,
para acabar con mi vida,

irrites mas mi dolor.
Cielos, en tanta crueldad,
ya que de qualquiera modo,
el alivio pierdo en todo,
halle en vosotros piedad.
Ha mil veces pesia à mi!
que à tantas desdichas oy.
Garc. Temblando de vèrle estoi.

Sale Montigre, y Aurora.

Montig. Mi padre, Aurora, està aqui.
Auror. Padre mio? *Garc.* Aurora bella,
llega, llegama à abrazar,
porque todo mi pesar
solo este gusto atropella.
Montigre, dame los brazos:
es possible, que yà os veo
à los dos? Apenas creo
en tan deseados abrazos,
que estais conmigo. *Auror.* Recelo,
señor, que en dolor tan grave,
como mi inocencia sabe,
vuelve por mi causa el Cielo.

Sale un Vandelero.

Vandol. Mira, señor, què has de hacer,
porque todo el monte tienen
cercado, y sin duda vienen
à prendernos. *Montig.* Què ha de ser
(con tanta inquietud) de mi?
Garc. En medio del monte queda
la Condesa. *Montig.* Porque pueda
mejor disponerse assi:
luego los dos à Colvato
podeis iros con Aurora,
mientras que en el monte aora
busco la Condesa yo,
que ella de lo que ha passado
te darà cuenta. *Garc.* Ven, pues.
Auror. Poco todo el Mundo es,
como tu estès à mi lado. *vans.*
Montig. Caracol, tu has de esperar
la Condesa aqui, si acaso
viene, dà un silvo, que al passo
os saldrè luego à buscar. *vase.*
Carac. Señor, señor: yà se fuè:
pero pues que mal me explico,
como muchos por su pico,
me he de valer por mi pie.
Que en rigor tan excessivo
me dexen! Quando es tan cierto
hallarme al instante muerto,
solo de pensarme vivo,
viendo la traicion que encierra
el monte; mas porque quadre
mi dolor. Creo en Dios Padre,
Criador del Cielo, y la Tierra,
unico Señor, y Rey.
Y pues que yo considero
como en este lance muero,
Señor, miserere mei.
Grande es mi cuerda opinion,
que es mucho para vivir,
ayudar à bien morir
en futura succession.
Pero en lance semejante,
reputacion ha de haver,
valor en mi, para ser
paciente, y agonizante.

Sale Montigre con la espada desnuda.

Montig. Todo Barcelona viene
sobre el Conde, quando miro
à flaquezas del desvelo,
torpes mis heròicos brios:
yà me faltò mi esperanza.
Carac. Seas mil veces bien venido,
que en su prission, ò en su muerte
conoce un hombre à su amigo.
Montig. Què hemos de hacer, Caracol,
si examinando el peligro,
à tanro riesgo evidente,
es impossible el alivio?
Como escaparnos podrèmos
antes que el tropel alrivo,
ò barbaro nos descubra,
ò nos ataje advertido?
Carac. Yà yo me encomiendo à Dios.
Montig. Entre esse preñado risco,
juzgo, que ha de haver obscura
una grura, cuyo abrigo
nos esconderà. *Carac.* Bien dices.
Montig. Sigueme, pues. *Carac.* Ya te sigo.

Và à entrarse Montigre, y sale el Conde de Barcelona de difunto, y le detiene.

Conde. Detente, donde caminas,
ciego, y torpe? *Carac.* Jesu-Christo
me valga, que en este monte
todo es sombras, y peligros.
Montig. Quien eres, yerto cadaver,
que estorvando mis designios,
causas ranro horror? Quien eres,
sombra, que mortal te admiro?
Cond. Tendràs valor para oirme?
Montig. De nuevo aora me animo
para oirte. *Cond.* Pues yo so soi,
ya que no me has conocido,
el Conde de Barcelona,
à quien con torpe delirio

à noche

à noche diste la muerte,
y solo aora he venido,
por permission de los Cielos,
que aunque ignoras tus delitos,
son tan grandes, que yo tiemblo
al vèr, que he de referirlos.
De Rosellon la Condesa,
à quien debo inadvertido
su honor, y por quien padezco
tanto insufrible martyrio,
quedando de mi preñada,
saliò àcia el ameno sitio
de Monserrate una tarde,
y sintiendo aquel principio
del parto, en leves dolores,
se apartò para encubrirlo,
de su gente el monte arriba,
huyendo de su peligro,
y alli de algun tronco asida,
y à el aliento con mas brio,
pariò un niño, que eres tu,

Caesele la espada à Montigre.

à quien su rigor esquivo
dexò, sin que la piedad
executasse su oficio:
y una Tygre menos cruel,
ò por mysterio Divino,
tres dias te alimentò,
hasta que el ronco gemido
escuchando Garcia Narro,
que de aquel monte vecino
iba à caza, fuè siguiendo
las voces, y como à hijo
en su casa te ha criado,
sin que mas aya sabido
de tu peligroso origen,
que haverte hallado en un risco.
Tu, Montigre, à la Condesa,
que es tu madre, has posseido,
y gozado como à dueño:
Tu con barbaro destino,
siendo tu padre, me diste
la muerte; y aunque el delito
te perdono yo, à Dios tienes
enojado, y ofendido.
A gran daño, ay gran remedio,
y suelen ser los suspiros
en un arrepentimiento
del perdon imanes vivos.
La penitencia con Dios
puede mucho, y assimismo
suele la Misericordia
atropellar el castigo.
Y con esto queda en paz,
Montigre, que yà he cumplido
mi obligacion; pero advierte,
que es del Cielo aqueste aviso.

En estos ultimos versos vaya poco à poco.

Montig. Espera, detente, aguarda,
sombra, ilusion; mas què digo?
como verdad no la llamo,
si claramente me dixo
mi nacimiento? Ay de mi!
que absorto, mudo, y remisso,
aunque mi torpeza veo,
mi pecado no examino.

Carac. Parece que has sido muerto,
y has vuelto otra vez al siglo,
pues à un defunto le tienes,
en vez de miedo, cariño.

Montig. A mi, que alevosamente,
siendo inhumano prodigio,
he dado muerte à mi padre,
y engañado, y persuadido
mi madre gocè, me puede
pecados tan excessivos
perdonar Dios? No es possible,
aunque todo el crystalino
Imperio à voces moviera;
y aunque en el Yermo mil siglos
assombro fuera de quantos
penitentes han vivido.
Pero como la piedad
de Dios mi ciego designio
limitar pretende, siendo
su poder tan infinito?
No dixo Dios, que ha de hacerlo
el hombre, que arrepentido
le buscàre? Pues què dudo?
Què mayor fin solicito?
Luego Dios no ha de faltarme,
aunque los pecados mios
fueran mas que las arenas
del Mar, que los rayos limpios
del Sol: Yo pequè, Señor,
y pues vuestro proprio oficio
es perdonar pecadores,
perdon de justicia pido.
Mas vuestra Misericordia
es, que mi mayor delito,
y aunque sois Dios justiciero,
no sois, Señor, vengativo.
Siempre quien os busca os halla,

y siempre es mas vuestro amigo
el que os llama, siendo vos:
el que estáis siempre ofendido.
Los brazos teneis abiertos
para que os pidan, indicio
de lo que al hombre quereis:
luego es mas usado estylo
en vos saber perdonar,
que no executar castigos.
Quisiera hasta fin del Mundo
vivir, que ya he conocido
mi error, para padecer
mas tiempo, que significo
la vida del hombre un soplo,
y es mui pequeño martyrio
penitencia, que es tan corta
à pecados infinitos.

Carac. Mira, que nos dán alcance.

Montig. Misericordia, Dios mio:
pequé, Señor.

Carac. Vive el Cielo,
que està loco à lo Divino.

Cantan dentr. Repara, mira, y advierte,
que aunque es tan grande tu error,
con penitencia, y dolor,
hallarás vida en la muerte.

Sale la Condesa assustada.

Montig. O, venturoso presagio!

Conde. Voz, que llevais mis sentidos,
què me quieres? Qué me dices?
Sin duda, que està ofendido
Dios, y que de mi pecado
mi turbacion es indicio.
Oir, que dexè en un monte
sin el agua del Baptismo:
ay de mi! pero Montigre:
Mi bien, señor, dueño mio.

Montig. Detente, assombro, detente,
donde con ciego destino
infeliz horror caminas,
para mi mal?

Condes. Què artificio
busca tu prolixo engaño?
Como en tan locos desvios
á costa de mayor daño,
trueca el amor el cariño?
Si pensamientos zelosos:-

Montig. Calla, no infames arbitrios
desvanezcan mis alientos,
yà que tu rigor impio,
olvidada de ti mesma,
ignoras el precipicio.

Condes. Què dices? Estàs en ti?

Montig. Apenas sé lo que digo,
viendo que de tu pecado
me toca tanto el sentirlo.
Aun hasta los Cielos tienes
enojados, sean testigos
de Monserrate los troncos,
en cuya cumbre prodigio
del mas desdichado exemplo
tu rigor inadvertido:-

Condes. No prosigas mas, aguarda,
que ya con lo que me has dicho,
conociendo mi flaqueza,
mi torpe yerro examino.
Sin duda, que aquella voz,
de mayor piedad fuè aviso,
que en el peligro me enseña,
para el remedio el camino.
Yà sè, Montigre, yá sè,
que indignado, y ofendido
tengo á Dios, y pues no ignoras
la causa de mi delito,
como quando yo te adoro
me atropellas tu el alivio?

Montig. Mal averiguas tu mal.

Condes. Diràs, que entre aquellos riscos,
à la inclemencia del tiempo
dexé tan sin alma un niño:
pero advierte, de que el monte
se ha de tener por alivio,
por excusar el mas grave,
quando se vèn dos peligros.
Mi opinion se viò arriesgada,
y assi, vino á ser precisso,
por ser con mi honor galante,
ser rigorosa conmigo.

Montig. Lexos vàs de mi pesar.

Condes. Con mas confusion te admiro.

Montig. A quien dexaste en el monte
(ay de mi!) sin mas abrigo,
que su fortuna, fui yo,

Llorando Montigre.

que con mas piadoso instinto,
me alimentò alguna fiera,
hasta que al debil ruido
de mi llanto, Garcia Narro,
de tanto tronco vecino,
fuè, y en el obscuro centro
de algun abierto resquicio
hallandome:-

Condes. Cierra el labio,
no pronuncies atrevido

de

de un ignorado fracaso
tanto assombro de delitos.
Como nos sufre la tierra?
Como abriendose màs vivos
incendios, no nos sepultan
volcanes en el abysmo?
Como rasgados los Cielos
no despiden incentivos
rayos, de quien yà los dos
fallezcamos desperdicios?
Montig. Como la Misericordia
de Dios reprime el castigo.
Condes. Luego hallar pueden piedad
tan enormes precipicios?
Montig. Pues no? Y aun de mi dolor
lo menos has conocido,
porque para lo que siento,
es poco lo que te he dicho,
al Conde de Barcelona,
que es mi padre, inadvertido
he dado muerte. *Condes.* Què dices?
Montig. Entrè, como dispusimos,
en Palacio, y quiso el hado,
ò mi desdicha lo quiso,
que antes de sacar à Aurora,
escuchando algun ruido,
dì la muerte al Conde, mira
si entre males tan distintos,
quando tus yerros alientas,
torpezas escandalizo.
Condes. Y Dios ha de perdonarnos?
Montig. No adviertes, que siempre fino
su amor busca pecadores?
Condes. Pues yo pequè, y solicito
desde aora, hasta que Dios
me perdone, sin que el siglo
mas me vea, en essos montes,
à lagrymas, y suspiros
ser segunda Magdalena:
pero à yerros tan lascivos,
què ha de bastar?
Dicen dentro.
Voz. Penitencia.
Montig. Presumiendo, que el olvido,
reina en mi, segunda vez,
la voz me ofrece el estylo.
Condes. Yà para mi culpa advierto,
si mal no atendiò el oìdo,
el remedio: Penitencia,
si assi el remedio consigo.
Carac. Entre tantos penitentes,
soi de luz: pero imagino,
segun lo que escucho, y noto,
que estoi mui cerca del Limbo.
Condes. A Dios, Montigre, te queda,
què hasta que el Cielo propicio
halle mi dolor, serè
triste assombro de estos riscos.
Montig. A Dios, madre, que este nombre
te doi justamente digno,
porque es bien que llame madre
à quien yà se ha arrepentido.
Condes. Vivas con mayores dichas.
Montig. Dios te dè eficaz auxilio.
Condes. Lo que solicitas halles.
Montig. Logres feliz tu designio.
Condes. Rogarè à Dios por tu culpa.
Montig. Serè quien mas te ha debido.
Condes. Aora sì, que soi tu madre.
Montig. Aora sì, que soi tu hijo.
Carac. Aora sì, que serè yo,
dexando por fuerza el siglo,
entre silos, y entre penas
Martyr, pero no bendito.

JORNADA TERCERA.

Sale Don Juan, Aurora, y Flora.

Auror. Señor Don Juan, poco importa,
que entre estos rusticos troncos
nos sobre lo cortesano,
para no faltar lo airoso:
Yo os agradezco el favor;
pero tambien es forzoso,
que os vais, porque si mi padre
os vè conmigo, no ignoro
que ha de poder indignado:-
Juan. Detente, Aurora, yo proprio,
para exemplo de estos montes,
dando fin à mis ahogos,
me darè muerte, y serà
lance menos rigoroso
morir fino, que vivir
despreciado, amante, y loco.
Yà tu hermano, y la Condesa
viendo su riesgo notorio,
se han retirado sin duda
à Rosellon, y no solo
en esta muerte del Conde
culpan à los dos, mas todos
dicen, que eres tu la causa,
sin que puedan en tu abono,
ni la razon disculparte,
ni acreditarse el soborno.

Yo, porque mis enemigos,
opuestos, y poderosos
me culpan, y han de vengarse,
de una injusticia, medroso
he huido de Barcelona,
y mas la luz de tus ojos
siguiendo, que no temiendo
peligros escandalosos.
Yá sabes como los dos
lo dispusimos, y como
te dì una llave maestra,
y aunque un daño tan costoso
no se pudo prevenir,
ó mi amor, ò tu decoro,
entrambos interessados,
fueron la causa de todo.
Y aora es, Aurora, fuerza,
que indignados, ó furiosos
nos sigan, y si nos hallan,
ni mi valor por heroico,
ni tu belleza por grande,
aunque él la vida â sollozos,
y aunque él amenaze â furias,
conseguirán el socorro.

Auror. Ay, Amor! como vâ obrando *ap.*
tu veneno poco â poco;
pues qué disponer podemos?

Juan. Que antes, que el Alba de Apolo
la crespa madexa enseñe,
ó nos coja el alboroto,
huyamos. *Auror.* Si; mas mi padre?

Juan. Será mui dificultoso
el avisarle del riesgo?

Auror. No, Don Juan: pero conozco,
que obra mal en estos lances
el que llega â ser zeloso.

Juan. Venirse, y no darle cuenta.

Auror. Y esse consejo, que á lograr
quiere poner nuestro gusto,
dexa de ser ambicioso?
Mi padre ha de ser mi padre,
y aunque en mayores estorvos
viera mas inconvenientes,
no he de ocasionar su enojo.
Esto supuesto, Don Juan,
bien podeis iros, que sordo
se introduce el sentimiento
en las venas poco â poco:
elada la sangre late,
y el corazon entre ahogos,
con señas de algun cariño
teme del recato arrojos.

Juan. Es possible, Aurora hermosa,
que halagos afectuosos,
solo consigan desdenes,
y penas consigan solo?

Auror. Què indicios de inclinacion
en mi haveis visto, ò què assomos
de esperanza, mudamente
han podido dàr mis ojos?
Basten los atrevimientos,
y no aguardeis en mi oprobrio
cautelosamente irriten
mi honor vuestros desahogos.

Juan. Aunque él irme, de mi muerte,
que ha de ser causa conozco,
por estorvarte un pesar
quiero concederme â otro.
Pero antes que me vaya,
has de leer para apoyo
de mi amor este papel,

Saca un papel.

verás, pues no correspondo
â obligaciones precissas,
quanto â tu deidad me postro.
Es de una Dama, y yo sè,
que me estima de este modo:
lo que no puede lo afable, *ap.*
quizà ha de hacer lo zeloso.

Quitale el papel.

Auror. Dexad, Don Juan, el papel,
que hacer otro amor notorio,
aun con la mas vil muger
viene â ser mucho descoco:
aquesto es aconsejaros.

Juan. Entre dudas, y entre assombros,
si le admiro un sentimiento, *ap.*
le considero un rebozo.

Llama dentro Garcia.

Flor. Tu padre sin duda es este.

Auror. Ay lance mas rigoroso!

Dentro Garcia.

Garc. Aurora, Flora?

Caesele el papel.

Auror. Don Juan, yà es precisso, què por todos
os escondais. *Flor.* Y sea presto,
porque es el viejo un Demonio.

Auror. Retiraos â aqueste quarto.

Juan. Solo tu amor poderoso
pudiera obligarme â tanto.

Escondese.

Flor. Voi á abrir. *vase.*

Auror. Immovil tronco soi, ò estatua de yelo,
que apenas de viva informo.

Sale Garcia, y Flora.

Garc. Aurora? *Auror.* Señor?

Dicelo assustada.

Garc. Mi hija confusamente assustada,
y abrirme Flora turbada,
no sé (ay honor!) que colija.
Solo este pesar aora
me falta para que muera:
ea, Flora, vete fuera,
y tu retirate, Aurora.

Auror. Mi padre, sin duda alguna,
oyò à Don Juan.

Flor. Pues què harèmos?

Auror. Que nos vamos, y dexemos
que obre tambien la fortuna.

Vanse las dos.

Garc. En una, y otra el temor
admirado mi desvelo,
y entrambas son de un recelo,
Cielos la causa mayor.
Quando creer solicito,
de quien temiò la ocasion,
dudaba la execucion
si no cayò en el delito.
Què honor no pude manchar
de una muger la flaqueza?
O, mal aya la belleza,
que tanto llegò à engañar!
Y assi, quien no ha de temer,
puesto su honor en un vaso,
que es la muger el fracaso
de ser vidrio una muger?
Pero què escrupulo vil,
con tan infame interès,
y siendo Aurora quien es
me està arguyendo subtil?
Ea, que el recelo miente:
puede en Aurora caber
baxeza? No puede ser,
aunque malicioso intente
este pensamiento infiel
persuadirme; què con ira
me conceda à una mentira:
mas què miro? què papel

Levanta el papel.

es este? Todo es rigor,
y puede en lo que ay escripto
tener aqui algun delito,
veneno para mi honor.
Porque tanto reina en mi
este pesar, ò este miedo,
que de nada formar puedo

buen sucesso, dice assi:

Lee. Agradecida à tantas finezas, me juzgo mui dichosa en prometerme rendida: esta noche podeis venir seguramente à mi casa, que yo dispondrè el modo de que mi padre no pueda veros.

Dios os guarde.

No en vano es justo presuma
mi afrenta, y assi hacer quiero
pedazos el pregonero,
que es de mi deshonra en suma.
Miente la atrevida pluma,
que con infame pretexto
finge una infamia tan presto;
y pues la ley lo revoca,
nada me toca, que loca
estuvo al escribir esto.
Aurora, sin atender
à su opinion, à su daño,
facil el menor engaño
la ha llegado à convencer:
Pero como puede ser?
Que aunque no quiera ser casta,
si algun amor la contrasta
en la execucion prolixa,
la fuerza de ser mi hija
para ser honrada basta.
Ea, honor, no falte aliento,
no aya temor que dudar,
y entremos à examinar
hasta el ultimo aposento.
Que este incendio que me abrasa,
aunque la edad no me esfuerza,
serà rayo, que es la fuerza
mucha de un hombre en su casa.
Salga, pues, el limpio azero,

Saca la espada.

venganza de mi deshonra,
y si he de vivir sin honra,
mejor es morir primero.

Don Juan al paño.

Juan. A Don Garcia indignado
escuchè, culpando à Aurora,
y de su recelo aora
nace atento mi cuidado.

Garc. Ha infelice suerte mia!

Juan. Yo quiero hablarle.

Garc. A quien soi
no he de faltar: veràn oy.

Và à entrar Garcia, y à salir Don Juan, y encuentranse.

Señor Don Juan?

Juan. D.Garcia? *Garc.* Vamos despacio, rigor, *ap.*
hasta saber lo que passa,
pues como vos en mi casa
escondido assi? Ay, honor! *ap.*
Juan. No fuè mi recelo en vano,
quando en lance semejante,
con la pena en el semblante
vibra el azero en la mano.
Y aunque es indicio de culpa
esconderse en la ocasion,
tambien ay satisfaccion,
que sabe buscar disculpa:
parece que os ha admirado
el vérme aora, y assi
la causa de hallarme aqui
escuchad, y mi cuidado.
Garc. Confuso entre mi dolor
duda mas el pensamiento.
Juan. O, como lo que era aliento
apenas vive temor!
Yà sabes como á Aurora,
con poder superior, y fé traidora
robò el Conde una tarde,
queriendo de su amor hacer alarde,
que quien ciego se emplea
en un engaño, aun es accion tan fea,
que qualquiera notàra
la baxeza en el modo, y no ignoràra,
que era mayor delito
en un Principe grande; mas no irrito
vuestro honor de este modo,
que solo culpa, mi discurso en todo
al Conde, y vuestra fama,
que Barcelona siempre aclama,
quedò con tanto lustre
en mayor opinion, y mas ilustre.
Llegó á Palacio Aurora, y fuè un diamante
en lo firme, señor, y en lo constante;
porque aunque la violencia
presumiò contrastar la resistencia,
à horrores de la parca
ostentará su honor al mas Monarcha.
Que no importan halagos
del apetito, ni de furia amagos,
à quien discurre atenta,
que le ha de manchar su origen torpe afrenta.
Yo entonces, que piadoso
admirè su valor, y escrupuloso,
que suele la porfia
una roca batir, si cada dia,
hasta postrarla en tierra,
el rigor la amenaza con la guerra;
una llave maestra,
que muda libertad, y alivio muestra,
le dì, y pluguiera al Cielo,
antes me sepultàra mi desvelo,
pues de un daño preciso
ser instrumento quiso
dexando en lance igual, y error tan cierto
á mi fuera de mi, y al Conde muerto.
Con ella entrò una noche
en Palacio Montigre, quando el coche
del Sol con luz escasa,
surcando el Mar à vèr el Indio passa,
queriendo con aliento
librar á Aurora, y à su venganza atento,
le diò la muerte al Conde,
que quien contra su agravio corresponde,
aunque es grave la culpa,
la razon natural le dá disculpa.
Con su hermana se vá: y como un Privado
con malicia, y con odio es invidiado,
me achacan, que en la muerte
complice he sido, ô desdichada suerte!
Y porque aora ambiciosos
mis enemigos son tan poderosos,
huyendo del peligro, què pregona
el delito, salì de Barcelona,
buscando á la Condesa,
para que antes que se viesse presa,
à Rosellon nos vamos, que con esto,
y con salir de Barcelona presto,
Garcia, asseguramos no perdernos,
quando es tan impossible el defendernos.
Lleguè aqui à vuestra casa
á dar cuenta (ay de mi !) de lo que passa,
y apenas me veo en ella,
quando el gusto atropella
vèr, que à la puerta llaman,
y como son peligros que ya infaman,
advertido me oculto, y advertido
escuchando el ruido,
os conozco, y al punto,
à viviente me cobro de difunto.
Salgo à hablaros, y aora
os advierto, que vos, que yo, y Aurora,
peligramos de suerte,
que el castigo menor será la muerte,
y no ha de haver mas medio
quando solicitemos el remedio,
que buscar en la Sierra,
del monte arado mas inculta tierra,
á Montigre, señor, y à la Condesa,
que passando á su Estado, mas empressa
será

serà de nuestro atento
sujetar su ambicioso pensamiento.
Esta la causa ha sido
de hallarme temeroso aquì escondido:
el riesgo yà sabeis, obrad aora
por Montigre; por vos, y por Aurora.

Garc. Apenas estoi creyendo
si es verdad, ò si es mentira,
y entre el horror, y la ira,
estoi dudando, y temiendo.
Si Montigre al Conde muerte
dió, mi riesgo no lo ignoro,
y por Don Juan el decoro
temo de Aurora: ay mas fuerte
pesar! Pero si mudanza
hallo contra mi opinion,
me darà mas ocasion
la Sierra, de mi venganza.

Juan. Qué intentas? *Garc.* Qué he de intentar?
Huir de un rigor preciso.

Juan. Pues no lo miréis remisso,
que està el peligro en tardar.

Garc. Primero nuestro cuidado
ha de correr essa Sierra.

Juan. Y si no estàn en la tierra?

Garc. Seguirlos hasta su Estado.

Juan. Vamos, pues. *Garc.* Ea, honor mio
que el Cielo es ya quien os guia.

Juan. Mucho temo de Garcia,
y mucho de Aurora fio.

Vanse, y sale assombrado Caracol de Ermitaño de una cueva, suena dentro gran ruido.

Carac. Mil veces te haré la Cruz,
y mil veces al Infierno,
con solo un Creo en Dios Padre,
te embiaré Avestruz perverso.
Assechador infernal,
cocos me haceis? Vive el Cielo,
que me eche un Calvario acuestas,
y te ponga como à un negro.
Vete al abysmo, que yo,
vive, y viva Dios Eterno,
que siempre à macha martillo
he sido Christiano viejo.

Sale Montigre de Ermitaño.

Mont. Caracol, hermano, calle:
por què jura?

Carac. Porque un puerco
anda de noche, y de dia
alborotando el Desierto.

Montig. Vuelva los ojos à Dios,
y no se enoje, que èl mesmo
con su poderosa mano
lo sacarà del aprieto.

Carac. Mire, yo sirviera, Padre,
à Dios con gusto en el Yermo:
pero tambien si quisiera,
pues que no importa dos bledos,
pudiera bien embiarme,
aunque fuera de pan tierno
seis hogazas cada dia,
porque el estomago tengo
como trox de pobre hidalgo,
tanto, que en los excrementos
no ay quien lleve la estafeta,
y han faltado los correos.

Montig. Con disciplinas, y ayunos
se sirve à Dios, no comiendo
por vicio, el mortificarse
viene à ser merecimiento.

Carac. No era mejor en el siglo,
que no entre montes, y cerros,
con commodidad, ser uno
buen Christiano?

Montig. Calla, necio:
Las vanaglorias mayores,
las maquinas, los Imperios,
dulces lisonjas del gusto,
breves triumphos del deseo,
son un aparente engaño,
y aunque todos se estàn viendo,
como es propriedad del hombre
no inclinarse à lo que es bueno,
fabrican su precipicio,
y deslumbrados, y ciegos,
à la vista de su muerte
solicitan su veneno.
Ha fragilidad humana!
que à miseros desaciertos,
rompiendo leyes Divinas,
niegas tu conocimiento!
Quien, dime, no considera
lo poco que es? Discurriendo,
què ha sido, y lo que ha de ser,
que esto basta para freno,
que en su furia le sujete,
quando à barbaro despeño,
olvidando su principio,
monstruo se arroje sobervio.
El hombre que vive, duerme,
pero ha de velar durmiendo,
que el que para morir vive,
duerme para estàr despierto.

Todo

Todo este Mundo es un caos,
y una ilusion, que tan presto
como se mira, se acaba,
sin mas fin, que acabar luego.
Pues como siendo uno nada,
este cuerpo humano, y siendo
finito lo que es el Mundo,
sombra todo, y todo yerros,
aspirando á eternidades
en mas lucidos Imperios,
obra el hombre mal, y dexa
lo que es mas por lo que es menos?
Y aun es persuasion injusta,
ciega aprehension, loco acuerdo,
huir por tener desdichas,
ni obrar por hallar aciertos,
que solo se ha de querer,
y amar á Dios, porque èl mesmo
es digno de ser amado,
y es quien es, sin que los riesgos
del Infierno le limiten
el no pecar, ni los premios
de eterna Gloria le animen,
quando ay mas causa primero.
Yo, pues, que entre mis desdichas,
padeciera mas tormentos,
ni eternos triumphos me alientan,
ni horrores me ponen miedo,
porque solo atento á tanto
amor, como á Dios le debo,
solo por querer á Dios,
de buena gana padezco.

Carac. Padre, yo errè, y soi un bestia,
mas con su licencia quiero
ir á buscar en el monte,
si ay que engullir, ir trayendo
el comun matalotage.

Monti. Vaya, hermano. *Carac.* Aora apruebo
que es mayor la hambre Ermitaña,
que la canina tres dedos. *vas.*

Montig. A mi ordinario exercicio
quiero volver, que no puedo
estár en mi el breve rato,
que á Dios no le estoi pidiendo
de mis pecados perdon:
Ha señor! pero què es esto?

Vuelve la cabeza, y al ir à entrar en la cueva, se le aparece à la puerta un Crucifixo, y se arrodilla.

Hombre, y Dios, Señor, y Amigo,
Leon, y manso Cordero,
que para el mas pecador
los brazos teneis abiertos;
Como tan feliz he sido,
aunque si bien considero,
quereis para que me emiende,
de tantos atroces yerros,
que en aquessa Cruz os mire;
y yo, Señor, os prometo
ser tan otro del que he sido,
que no ha de animarse huesso
en esta estatua de carne,
para entregarse al sossiego,
hasta que os halle piadoso,
ya que mis delitos fueron escandalosos,
y ya, que cada instante os ofendo.
Merezca desenojaros
mi llanto, aunque muera luego
condenado, que serà
justo, siendo gusto vuestro.
Solo os suplico, Señor,
que llegue á saber primero,
en què estado está mi madre,
si habita en estos desiertos,
ò si al siglo se volviò,
que es tanto mi sentimiento,
que á vuestra Misericordia,
siempre por ella os ruego.

Baxa un Angel con Musica.

Qué harmonìa soberana,
con superiores accentos,
por essa Region del aire
suena en repetidos ecos!

Angel. Ha Montigre? *Montig.* Angel de Dios.

Angel. A Dios menos justiciero
tus lagrymas han movido,
pues te ha escuchado, oye atento.
Tu madre, de quien pretendes
saber, entre essos dos cerros,
que confinan esse valle,
en un alvergue pequeño
pidiendo misericordia
á Dios ha estado algun tiempo,
tan descuidada del ocio,
que entre suspiros perpetuos,
una exclamacion, y otra,
fueron su arrepentimiento.
Y aora, como tan fragil,
en trage de Vandolero
quiere engañarla el Demonio,
y la reduce del Yermo
al siglo segunda vez
con persuasiones, diciendo,
que tu estás en Barcelona

casado, y que falsos fueron,
porque te dexasse entonces,
en tus designios, é intentos.
Por aqui passa con ella,
y para poner remedio,
à que te avise me embia
Dios Uno, Trino, y Eterno.
Esse hermoso Crucifixo,
rayo del mejor Lucero,
y de Christo Imagen, quiere,
que tengas para los riesgos
contigo, y para que puedas
à esse enemigo sobervio
vencer, y à dàr à tu madre
libertad, vida, y consuelo.

Vuelve à subir el Angel con Musica.

Montig. Espera, Cherub Alado,
no me faltes; mas qué temo,
quando conmigo se queda
abreviado todo el Cielo?

Toma el Crucifixo en la mano, y dice hablando con èl.

Yà de mis penas tan ciertas,
nada tengo que temer,
pues que me puedo acoger
à una de las cinco puertas.
Por mi estàn, Señor, abiertas,
con que no dudaré assi
de mi salvacion aqui,
que aunque mis pecados fueron,
puesto que por mi se abrieron.
JESUS mio, yo pequè,
y aora mi sagrado he hallado
en Manos, Pies, y Costado,
como lo enseña la Fé.
Favor os pido, porque
mi fiador, Señor, seais,
que aunque en la Cruz os mirais,
no puedo temer desden,
porque vos pagais mas bien,
quando mas quebrado estais.

Sale el Demonio de Vandolero, y detràs la Condesa con su Abito de Sayal, tendido el cabello.

Demon. Dexa el Desierro, y el monte,
vuelvete al siglo, qué dudas,
quando tu engaño conoces?

Condes. Aunque me alienta la injuria,
no sé que temor me ciega,
no sé que pavor me assusta,
que si atiza la venganza,
el miedo cobarde turba.

Demon. Montigre està en Barcelona,
y pues burla tu hermosura,
procura satisfacerte.

Montig. No han de valer tus astucias,
Dragon, y bestia feroz,
que Deidad eterna, y summa
diò la vida en esta Cruz
por restaurarle la suya.

Demon. Quita delante, no irrites
mi desatinada furia:
ha Ministros infernales
de aquessa Region obscura,
amparadme todos.

Montig. Sea
sepulchro el abysmo, y urna
de tu horror.

Demon. Y sea tambien
todo el Infierno en mi ayuda.

Hundese, y sale fuego.

Montig. Bien conoceràs aora,
que aunque son tantas tus culpas,
si tu no buscas à Christo,
es Christo quien yà te busca.

Condes. Señor, à vuestra piedad,
pidiendo perdon me arrojo,
quando miro vuestro enojo
contra mi fragilidad.
Tantos yerros olvidad,
como executo con vos,
aya paz entre los dos;
y si en accion tan liviana
pude pecar, como humana,
perdonad vos como Dios.
Cesse vuestra indignacion,
por quedar en recompensa,
mercedes por una ofensa,
solo de un Rey es accion.
Yà veo con la razon,
que me podeis castigar;
mas pues os llego à mirar
por mi en essa Cruz, diré:
que á quien tanto le costé
como me puede olvidar?

Montig. Dame, señora, los brazos,
que torpe mi lengua, y muda
serà en querer imitarme,
un bosquexo de la tuya.
El sèr me diste, y no ignoro,
que fuè mi mayor ventura,
porque siendo tu mi madre,
que quando tanto te acusa,
de delito tu pecado,

arrepentido pronuncias,
ni puedo temer ruina,
ni he de dudar mi fortuna.
Condes. De verme (ay de mi!)
me admiro.
que esta humana architectura,
obra del Author Supremo,
que fabricó à imagen suya,
pudo fragil en su error
elegir infausta tumba,
siendo borron de la noche,
á no vèr un Dios, que ayuda.
Mont. Siempre este monstruo sober-
con invenciones procura (bio,
obscurecer la virtud.
Cond. Yá yo à vencer à su industria
me aliento segunda vez:
pero del Cielo sin duda
ha sido secreto grande,
passar estas espeluras,
porque antes de mi muerte
nos viessemos.
Monti. No atribuyas
à afectos la suerte mia.
Condes. Dios lo hace todo.
Monti. En qué gruta
has habitado hasta aora,
por estos montes?
Condes. Escucha.
Ay una Montaña hermosa
cerca de aqui, en cuya punta
el Atis siempre frondoso
baxa con lenguas menudas
à coronar de penachos
el copete que le ilustra.
Puntal agudo del Cielo,
adonde el Alba madruga,
por si las flores se truecan,
y el canto las aves mudan:
qué soñolientas empiezan,
quando entre señas confusas,
aunque embozada, y risueña,
resquicios de luz actùa,
se conoce, porque el Euro
le descubre la faz rubia,
tendido el cabello al aire,
y por no saber de burlas,
encendidas de verguenza,
explendor de su hermosura,
borda el viento de claveles,
que azuzenas fueron mustias.
Detrás, pues, de esta Montaña
un valle el pie le dibuxa,
y la espalda le guarnece,
en cuyo prodigio, en cuya
amenidad, hasta oy
la naturaleza estudia,
corrida de que en sus obras,
para fabricar pinturas
aya original, que pueda
pintarla, de que discurra
un arroyo, que un peñasco
perezosamente suda
con desatados crystales,
el verde pecho le cruza,
en cuya margen hermosa,
flor azul de lirio surca;
y como el Sol apacible
toda la ribera alumbra,
oro, verde, azul, y plata
hacen mayor su hermosura.
En medio de este País
un pardo risco murmura,
Gigante de aquellas selvas,
vanidades mal seguras.
De cuyo horroroso centro
produce una cueva obscura,
que à descuidos del aliento
triste temor no repugna.
Pues al passar sus umbrales
el cabello se espeluza,
y casi immobles las plantas
sienten lo mismo que buscan.
Los huessos cruxen, las carnes
tiemblan, y en mortal angustia
el organizado cuerpo,
del pavor se descoyunta.
Aqui he vivido dos años,
rustica escuela, ò profunda,
donde se enseña à morir,
siendo su boveda inculta
sino aparente sepulchro,
ajustada sepultura.
Pero yà que mi flaqueza
pudo renovar mi culpa,
han permitido los Cielos,
que te hallassen en mi ayuda,
y que te aya visto, aora
me vuelvo menos confusa
à estudiar sobre la muerte,
y à llorar mi vida injusta,
à animar mi tibio aliento,
y à reconocer segura,
que ofendi à Dios, y que soi
tierra, polvo, y nada en suma.
Monti. Los Cielos te hagan dichosa.
Condes. Logres feliz tu fortuna.
Monti. Tengas venturosa muerte.
Cond. Tu consigas lo que buscas.
Monti. Yo rogarè à Dios por ti.
Condes. Y yo à la clemencia suya,
que te perdone.
Monti. A Dios, madre.
Cond. Quedate à Dios, hijo.
Monti. O, nunca naciera para pecar.
Cond. Ay de aquel q̃ à Dios injuria.
Vanse cada uno por su parte, y sale Caracol con un haz de yerba.
Carac. Justo es del siglo me acuerde
quando el sufrimiento pierde
este mi afán singular:
mas de qué tengo pesar,
si me vengo à dàr un verde
Yerba antes, y despues,
cosa que no es natural,
aunque tan forzoso es,
yà para ser animal
no me falta si dos pies.
No sé como se conserva
la vida, ni que reserva
el Cielo al bruto mas cierto
venga un puto à este desierto,
que solo ay Diablos, y yerba,
Ser Santo, no es desvario,
mas son acciones molestas,
que siempre en esto porfio,
andar con Cruzes acuestas,
y el estomago vacio.
Flaco estoi de tal manera,
que vive Dios, y esta Cruz,
que de linterna sirviera,
à poner dentro una luz,
porque yo me traslucieraa.
Cada qual lo que le toca
ha de hacer, sin que sea terco,
que vive Dios si provoca,
que me darà un tapaboca:
mas què juro? Soi un puerco.
Parezco pobre, y enfermo,
de la hambre un estafermo,
pues desde que vine aqui,
mas come el Yermo de mi,
que yo he comido del Yermo.
Con tanta Oracion, y llanto,
es Montigre santo oy,

y entre pena, y dolor tanto
yo digo que el Santo soi,
pues que ayuno mas q̃ un Santo.
Sale el Demonio vestido de sayal.
Dem. Yâ que no puede mi astucia,
rabia que me oprime tanto,
temor, que me desvanece,
y colera en que me abraso,
vencer la Condesa quiero,
con mi cizaña, y mi engaño,
hacer que dexe Montigre
el Desierto.
Carac. Qué Ermitaño
por entre estos riscos viene?
Si nos trae algun regalo,
qué Dios le embia á Montigre.
Dem. Caracol, què fatigado
està de hambre, y de sed,
ha de ser causa, que ufano
pueda yo lograr mi intento.
Carac. Yá llega: ô qué gran milagro,
si trae algun refrigerio!
Dem. Esté en hora buena, hermano.
Carac. Sea bien venido, Padre,
y perdone que le hablo
de este modo, que una hambre
me tiene tan alcanzado
de quenta, que allà en el siglo
era yo Musico, y baxo,
y yà me he quedado en tiple.
Dem. Mire, yo he de remediarlo,
no ha de faltar que comer,
ni que beber.
Carac. Padre Santo,
Padre baxado del Cielo,
dexeme besar su saco,
Arrodillase.
de rodillas por el suelo.
Dem. Son naturales mui flacos
Alzale.
los nuestros para el Desierto:
y Montigre? *Carac.* Allà rezando
debe de estàr, no se acuerda
del pan nuestro quotidiano,
que como Camaleon
se passa lo mas del año
sustentandose con aire.
Dem. Quizá con tanto trabajo
merece menos, y fuera
mas acepto à Dios, que ambos
dexàran la soledad.
Car. Habla como buen Christiano,
no ay instante, q̃ esto proprio
no le estoi aconsejando:
Angel, ô Santo es sin duda, *ap.*
pues por su nombre ha llamado
à Montigre. *Dem.* De este modo
su aliento he de vèr frustrado:
ea, llevele que coma
Saca de la manga lo que và diciendo.
este panecillo blanco,
y este poco de tocino.
Carac. Estè tu alma gozando
de Dios. *Dem.* Mire que jamòn.
Carac. Lo pudiera el Padre Santo
comer. *Dem.* Y este panecillo?
Car. Es como el Alba: oye, hermano,
vengase todos los dias
à vèrnos, y á visitarnos.
Dem. Pues hasta que se lo dè
no lo pruebe.
Car. Lleve el Diablo
quien tal hiciere: no harè
hasta haverselo llevado.
Dem. Toma esta calabazilla,
que es de San Martin.
Carac. Andallo:
quiere que lo pruebe?
Dem. Sì. *Bebe.*
Carac. Vive Dios, q̃ es lindo Santo.
Dem. No beba mas.
Carac. Ni por pienso.
Dem. Yo volverè de aquì à un rato
à vèr como ha recibido *ap.*
Montigre aqueste regalo,
y advierta, que no lo pruebe
hasta verse con su amo,
porque es precepto Divino. *vase.*
Carac. Obedezco su mandado:
yà se fué, valgame Dios!
salto, brinco, danzo, y bailo:
Ea, albricias, tripas mias,
salid, jamon soberano.
Saca un carbon.
Vive Christo, que es carbon:
saco el pan, de cal, y canto
se me ha vuelto, algun Demonio
debe de hacer el milagro.
Apelo á la calabaza,
porque un Santo tan honrado,
como Martin, engañarme,
es impossible, y mas quando
lo llegué à probar primero. *Bebe.*
Ay hombre mas desgraciado?
Agua es : Ermitaño, *Arrojala*
signo en bruxo, por San Pablo,
y por San Pedro bendito,
que á cogerte entre mis manos,
mas ay de mi! Ruido suena,
miro, atiendo, escucho, y callo.
Salen Don Juan, Aurora, y Flora.
Juan. Cesse vuestro llanto aora,
q̃ es mi pena honrosa, Aurora,
y si el dolor es mortal,
mas alivio halla en su mal
quien le calla, y no le llora.
A tu padre hemos perdido,
y aunque le havemos buscado,
desdicha el no hallarle ha sido,
no por obrar el cuidado
escrupulos del olvido.
Auror. Ay, D. Juan! Este tormento
ataja el mayor aliento,
y no te admire, que viva,
aun conmigo misma esquiva,
q̃ es mui proprio el sentimiento.
Dos años ha que passamos
à Rosellon, y no hallamos
à mi hermano, y à esta sierra,
presumiendo, que le encierra,
segunda vez nos tornamos,
quando entre tanto pesar,
porque à mi desdicha quadra,
queriendonos arriesgar,
ni sabemos de mi padre,
ni le podemos hallar.
Carac. Estos Vandoleros son, *ap.*
y en semejante ocasion,
de su piedad imagino,
q̃ me han de colgar de un pino.
Sale Garcia.
Garc. En mal, y en dolor tan fuerte,
con una, y otra porfia,
se olvida de mi la muerte.
Aur. Padre, y señor?
Garc. Hija mia,
D. Juan, Flora: ay mayor suerte?
Juan. Apenas creyendo estoi
lo que veo! *Garc.* Y yo imagino,
que ya mas dichoso soi.
Aur. De vérte, al Cielo Divino,
señor, mil gracias le doi.
Carac. No es este Garcia, à quien
yo servì: Clamarè à voces
en tan aspero desdèn:

A Caracol no conoces,
señor, que es hombre de bien?
Auror. Caracol?
Carac. Aurora hermosa,
dame los brazos. *Aur.* En todo
vá mi fortuna dichosa.
Pues como estàs de esse modo?
Carac. Soi de la vida penosa:
aquesta cueva que vès,
Montigre, y yo avrá dos años,
que renusando el interès,
â conocer desengaños
venimos por nuestros pies,
èl en perpetua Oracion,
que es santa su devocion, (ro:
siempre està en su centro obscu-
pero de mi te asseguro,
que es canina mi passion.
Juan. Venturoso encuentro ha sido
Carac. Y aunq̃ me mirais tan flaco,
muchas veces he querido
dexarle, y dexar el saco,
pero nunca me he atrevido.
Garc. Yâ mi afecto se previno
â darle voces. *Carac.* No tiene
su afecto, padre, razon
de inquietarle en la Oracion:
pero yâ pienso que viene,
Salga Montigre en una tramoya, echado, con un Christo en las manos.
sino me engañan las señas,
por essos riscos, ô breñas,
su perfeccion le consuele,
señor, por entre essas peñas.
Juan. Valgame Dios, y q̃ assombro!
Garc. En mortal congoxa animo
el valor. *Aur.* Toda soi yelo,
dudando lo mas que admiro.
Monti. Garcia Narro, á quien yo
siempre por padre he tenido,
Aurora, Flora, y Don Juan,
de mi delito testigos.
Despues de correr dos años,
valles, y montes altivos,
passando hasta Rosellon
buscandome, ha permitido
Dios, por providencia suya,
juntaros en este sitio,
para hallaros en mi muerte,
y para dâros aviso
del caso mas horroroso,
que se ha contado en los siglos.
El Conde de Barcelona,
â quien di muerte atrevido,
fue mi padre, y la Condesa
de Rosellon, que en lascivos
amores gocè algun tiempo,
fuè mi madre, que al abrigo
del Cielo, solo en un monte
me dexò su precipicio:
pero llorando sus culpas,
â este Desierto se vino,
donde penitentemente
en las entrañas de un risco,
al pie de aquesta Montaña,
sirviendo â Dios, ha vivido
dos años, y solo siento,
yá que al ultimo suspiro
se vâ mi vida llegando,
no hallarla aora conmigo.
Sale la Condesa en otra tramoya, por el otro lado, echada tambien.
Cond. Ya, Montigre, aqui me tienes
q̃ Dios (ay de mi!) ha querido,
muriendo juntos los dos,
que corte la parca el hilo
de este animado cadaver,
de este vital artificio:
y para mayor exemplo
de que podais advertidos,
vosotros reconocer
el mas Dichoso Prodigio.
Garc. Qué es lo q̃ escucho, Cielos!
Auror. El llanto apenas reprimo.
Juan. Encanto parece todo.
Flor. Todo es horror quanto miro!
Monti. Aora es el tiempo, aora,
que en tan mortal parasismo,
contra ilusiones se hallen
mas despiertos los sentidos.
Cond. En esta ocasion, Señor,
de batalla, que es tan fuerte,
pues mi flaqueza se advierte,
invoco vuestro favor.
Monti. Como me aflige el dolor,
de vèr, que tan malo fui
todo el tiempo que vivì,
Señor, la ira suspended.
Los dos. Porque mil veces tened
misericordia de mi.
Monti. Yâ se ha llegado, Dios mio,
al deshacerse esta union
de alma, y cuerpo, la ocasion
del perdon que de Vos fio.
Cond. De vuestra piedad confio
este triumpho, que oy pretendo,
y pues yà vá deshaciendo
esta fabrica el dolor.
Los dos. En vuestras manos, Señor,
mi espiritu os encomiendo.
Vuelvense à entrar las tramoyas.
Garc. Quien viò mas raro milagro?
Carac. Murieron? Sea Dios bendito,
que me hartaré de comer.
Juan. Celestial portento ha sido:
porque sepulchro les dèmos,
aora: *Garc.* Yà os he entendido,
la mano le dad, Aurora.
Dànse las manos.
Juan. El favor, señor, estimo.
Aur. Gracias â Dios, q̃ mi intento
por tan extraño camino
se ha logrado.
Carac. Pues si gustas,
Caracol, pues vuelve al siglo
enseñado á andar con cuernos,
no sentirâ el ser marido
de Flora; y aqui acaba
el mas Dichoso Prodigio.
Y perdonad al Author
los yerros, pues el servitos
quiso solo, y es dichoso,
si acaso lo ha conseguido.

FIN.

Con licencia; En Sevilla, en la Imprenta de JOSEPH PADRINO, Mercader de Libros, en calle de Genova.